

Grandes Líneas

—Propuesta de Ideario para una Facultad de Teología de los Dominicos en Colombia—

Nelson Medina, O.P.

Mi Provincial en Colombia me invitó gentilmente a una reunión dentro de la serie de encuentros preparatorios para el proyecto de una Facultad de Teología regentada por los dominicos en Colombia. Deseo poner por escrito algunas reflexiones al respecto, que en su mayor parte recogen cosas ya comentadas o dichas por otros hermanos.

Un proyecto es algo que lanzamos hacia el futuro, como lo sugiere su misma etimología. Y hay varios modos de hacer esto dependiendo de las necesidades a las que se quiere responder y de las dificultades que es preciso superar. El éxito de un proyecto radica indudablemente en la claridad con que unas y otras son examinadas, así como en la eficacia de los medios para lograr lo deseado y evitar o vencer lo que se le opone.

Pero antes del éxito está el proyecto mismo, es decir, la dirección y el tamaño del intento. No es lo mismo proyectar con pleno éxito un partido de fútbol que todo un campeonato. La inversión de recursos está en función no sólo del éxito como tal sino del éxito referido al conjunto de lo exigible o deseable.

Estas reflexiones primeras vienen a cuento especialmente en el contexto de nuestra Provincia Dominicana de Colombia, que desde hace años cuenta con un instrumento propio de formación institucional para sus frailes. Hablo del *Studium Generale*, por supuesto, que en la práctica ha sido nuestra *Alma Mater*. Cualquier proyecto de Facultad de Teología ha de asegurar un género y nivel de "éxito" que mejore lo que hay. De aquí surge lo que yo llamaría la primera de las "grandes líneas":

PRIMERA: El proyecto de Facultad de Teología ha de asegurar un género y nivel de "éxito" que mejore lo que tenemos en el Studium Generale.

Ahora bien, el *Studium* ha prestado un notable servicio y se ha consolidado como un lugar donde la seriedad en la exigencia prepara al mismo tiempo tanto para el ministerio sacerdotal de los frailes como para la vocación intelectual y propiamente teológica de nuestro carisma. Es irreal suponer que los demás estudiantes, hombres y mujeres, religiosos y seculares, que acudan a la futura

Facultad nuestra tengan esa misma conjunción de intereses. De aquí surge un nuevo requerimiento o línea.

SEGUNDA: La Facultad tendrá un doble y simultáneo programa de estudios, a saber: un ciclo básico (o seminarístico, o general) y uno de profundización (o avanzado, o intensivo). Los frailes, salvo excepciones escasas, harán el segundo. Esto no excluye que muchas clases y actividades sean simultáneas en los ciclos, pues la diferencia entre ellos será más cualitativa que de separación física o de grado académico civil.

Sobre la base del consenso en estas dos primeras "grandes líneas" conviene mirar el servicio que una Facultad de Teología prestaría.

Es un lugar común decir que la Iglesia, sobre todo la jerarquía, lo demanda de nuestra tradición académica, y que la ausencia de esta Facultad es una especie de "vacío" en el concierto de nuestro servicio como Universidad. Sin embargo, no se hace una Facultad sólo para pagar una deuda con la Historia, con la sociedad o con la Iglesia.

De fondo tenemos que admitir que, tanto como país como comunidad, carecemos de una tradición teológica consistente y fecunda. Nada le negaremos a los abanderados de la teología de la liberación ni a los maestros que han dedicado su vida enseñar en seminarios o casas de formación. Con todo, la situación podría resumirse en una anotación: carecemos de un período clásico. Por lo mismo, iniciar en serio un proyecto de Facultad significa apuntar, más que a un lugar de enseñanza (que ya lo hay), a una "Escuela" de Teología. En esto quiero seguir los pasos que precedieron a Le Saulchoir, de donde tomo la expresión y el contenido de lo que es una "Escuela." Esta sería una nueva línea:

TERCERA: Hacemos una Facultad de Teología para responder a nuestra vocación propia en la Iglesia pero sobre todo para hacer posible la eclosión de un periodo "clásico" que sirva de referencia a la vida y la reflexión de la fe en nuestro país y nuestra cultura.

Un periodo clásico significa una postura madurada a partir de las fuentes propias de un determinado quehacer o actividad. Es de suponer que esto toma mucho más que una generación y mucho más que el entusiasmo de unos pocos, así estos tengan la mejor voluntad y cierta cuota de poder para dar pasos en lo ejecutivo. Por ello mismo, la Facultad ha de convertirse en una opción de nuestra Provincia. Deseablemente, estamos no ante un proyecto más, sino ante un camino de conversión y crecimiento de la Provincia Dominicana de Colombia.

Lo que esta en juego aquí puede ser muy grande y altamente significativo. Si miramos qué es Latinoamérica en el conjunto del catolicismo en el mundo, y qué es Colombia en cuanto a las entidades de la Orden en América Latina, no es vanidad decir que estamos llamados a ofrecer a la Iglesia y a nuestra cultura una palabra propia, que no puede ser improvisada ni tejida de lugares comunes. De aquí una nueva "gran línea":

CUARTA: Nuestra Facultad de Teología nace en un doble contexto, latinoamericano y dominicano, que es muy claro. Desde allí mira con espíritu de diaconía a la Iglesia de Colombia y de América Latina. Cabe aquí lo que suele decirse: pensar globalmente y actuar localmente.

De otra parte, estrictamente hablando no somos pioneros. Hay un camino serio y respetable recorrido, con mejor o peor suerte, por otras instituciones, especialmente la Universidad Javeriana y la de San Buenaventura en Bogotá, y la Bolivariana en Medellín. Cualquier intento nuestro necesita estar en diálogo abierto y crítico a la vez con las opciones de método, los contenidos, las espiritualidades subyacentes, la orientación filosófica y las tendencias pastorales de quienes nos han antecedido, sea de tiempo atrás o recientemente. No podemos copiar servilmente pero tampoco reinventar la rueda.

Descubrir nuestro don propio tomará tiempo y requerirá grandes dosis de diálogo al interior de la Comunidad. Debemos incluir en el presupuesto que cometeremos errores y que habrá gente, adentro y afuera de la Orden, que se impacienta al descubrir que las cosas no están hechas sino que hay que hacerlas. Juicios temerarios, lamentos por las cebollas de Egipto, críticas despiadadas y exigencias de resultados inmediatos no van a faltar.

Estas cargas, tomadas en su conjunto, son muy pesadas para un solo o unos pocos frailes. Es preciso un trabajo de equipo, no sólo en cuanto a las tareas y responsabilidades sino sobre todo en aquello que da la verdadera fortaleza, que es mucho más que el talento administrativo o el deseo de proyectar una imagen. Por eso otra línea:

QUINTA: El impulso de nuestra vida intelectual, que ha de preceder y acompañar el nacimiento de nuestra Facultad de Teología, no puede desligarse de la historia contextual de iniciativas homólogas ni tampoco de un proceso de renovación en la espiritualidad, la auténtica vida fraterna y el vigor apostólico.

De manera que, si bien es cierto que la Facultad empezará su andadura administrativa y académica dentro de un tiempo, no debemos esperar todo eso

para crear las condiciones y el ambiente que pueden ayudar del mejor modo a que el árbol venerable de la teología se aclimate en nuestras tierras y claustros. Eso significa: hay que hacer teología ya. Es decir: hay que escribir, hacer simposios, ciclos de conferencias, cursos breves, sesiones sobre temas particulares, y todo lo demás que concierne a la vida ordinaria de una Facultad viva.

Con respecto a lo de escribir, que a largo plazo es sin duda lo más relevante, yo pienso que necesitamos ir modelando una especie de "acuerdo metodológico realista" que nos libere de un par de barreras que nos limitan grandemente.

La primera es la idea de que el método científico es único y que la ciencia teológica se construye a imagen y semejanza de las ciencias fácticas. Aunque el asunto ha sido estudiado (y criticado) a partir de muchos puntos de vista —desde los "niveles de abstracción" hasta la hermenéutica filosófica— parece que subsiste la idea de que el conocimiento es un asunto de parcelar la realidad, plantear hipótesis y verificarlas o falsearlas. Según este modelo no hay mucho que quede para estudiar: ya todo ha sido estudiado y casi todo está resuelto. El efecto final de tal tendencia es la concepción de que no vale la pena dedicarse a temas "fundamentales" pues ya estos están completamente "aclarados." Así resulta que las generaciones que hemos llegado a la fe después de Europa, por decir algo, estamos o estaríamos destinados a ser "consumidores" o a lo sumo "divulgadores," en lo que atañe a la Escritura o las Fuentes de la fe .

La segunda idea que bloquea muchas posibilidades de escribir teología es esta, que sólo con un aparato crítico y bibliográfico exhaustivo es posible decir cosas serias. En esto subyace un círculo vicioso. Hay centenares de revistas especializadas con ediciones hace rato agotadas que no están en nuestros países. Como no tenemos acceso físico usual a ellas, y como no van a ser reimpresas ni cabe pensar en fotocopiar millones de páginas, nuestros aparatos bibliográficos siempre serán pálidos y secundarios delante de lo que puede hacer sin mayor dificultad un autor que escriba en Francia, Alemania o Italia. Y como lo que se escriba va a ser secundario, quizá no vale la pena; o, si acaso se publica, pasa a ser parte de una suerte de literatura menor que no crea tradición precisamente porque lo grande y relevante sigue estando "afuera."

Romper con estas dos ideas toma tiempo pero sobre todo requiere de una actitud nueva. De las cosas interesantes que he encontrado en Irlanda es que, siendo un país marginal, en lo que atañe a la gran tradición intelectual de Europa Occidental, ha aprendido a escribir y publicar sin complejos, y sus autores han ido encontrando nuevas vías, quizá más narrativas y menos pretenciosas, de difundir ideas que valen y que traen fruto.

Una nueva línea:

SEXTA: En la preparación del ambiente para una Facultad de Teología necesitamos el ejercicio práctico de escribir con seriedad, profundidad y un cierto margen de aplicabilidad, sin dependencia excesiva de los comentarios clásicos ni de los grandes bancos bibliográficos.

En el mismo sentido es preciso anotar algo en cuanto a las especializaciones. Nuestro mundo admite hoy las dos opciones: la cultura de la super-especialización, que se ha mostrado potente especialmente en el campo de la tecnología, y la nueva cultura de tipo holístico-integral, que se deja sentir, aunque de manera ambigua, en la New Age o el movimiento ecológico.

La búsqueda de lo holístico y de una visión sapiencial o de conjunto no es ajena a nuestra tradición dominicana, sino muy propia, como lo muestran nuestras Constituciones y el uso del término "sapiens" en la *Contra Gentiles*, por citar sólo dos fuentes autorizadas. Sin embargo, en esto hay motivaciones prácticas también: ha sido muy característico de los jesuitas el cultivo de las especializaciones, al punto que es típica la escena del jesuita conferencista que ha dedicado prácticamente toda su vida a un campo sumamente definido del conocimiento y es reconocido como "el" experto en tal o cual materia. Esta es una gloria para la Compañía de Jesús pero no es todo lo que puede hacerse, ni es el único camino del conocimiento humano, ni es la única necesidad de la Iglesia: la comunidad cristiana necesita expertos pero no sólo expertos.

Según esto, nuestra Facultad tendría la "especialidad" de ofrecer teólogos con perspectiva, buen juicio, formación profunda y gran sentido de sensatez. Se puede preguntar cuál es el "mercado" para un perfil así, que resulta menos atrayente para los medios de comunicación y para el mundo de la propaganda. Es un hecho, sin embargo, que la Iglesia a la larga necesita menos estrellas rutilantes y más gente que sepa generar unidad, cordura y trabajo conjunto, virtudes todas muy propias del estilo "sapiencial."

Los medios de comunicación buscan y buscarán declaraciones estridentes, ojalá heterodoxas, que hagan noticia y levanten ampolla; el bien de la Iglesia, en cambio, pide que haya maestros coherentes y sensatos, que sepan impregnar con una mirada profunda de fe los acontecimientos normales, los que todos vivimos. Esta puede ser una línea:

SÉPTIMA: Nuestra Facultad cultivará especialmente el amor por la sabiduría, según la enseñanza de Santo Tomás sobre la fe como perfección de la

inteligencia. Tendremos un enfoque holístico, integral y sapiencial en comunión explícita con el Magisterio de la Iglesia y atención clara a las necesidades y preguntas profundas del pueblo creyente.

La comunión con el Magisterio no debe entenderse, sin embargo, de un modo servil, como si nuestra única labor fuera repetir con cierta eficacia metodológica lo que ya viene muy bien redactado desde las Congregaciones Vaticanas. Hacer teología es más que redactar manuales de formación doctrinal para sacerdotes, y desde luego, muchísimo más que seguir tales o cuales obras o autores "seguros."

Como teólogos queremos ser testigos de la obra del Espíritu Santo en el conjunto de la vida de la Iglesia y no sólo en nuestros legítimos pastores, cuya guía auténtica tampoco rechazamos, por supuesto. Siguiendo la feliz expresión de M.-D. Chenu, queremos ser eco de la Palabra en la Historia, y esto desborda los márgenes necesarios pero estrechos de lo que ya ha sido formalmente definido por los Papas.

Habrá que evitar obviamente el otro riesgo: el prurito de la novedad, la rebeldía o el "magisterio paralelo." Esto implica distinguir entre independencia e hipercrítica, cosa especialmente necesaria en tiempos en los que el laicismo pretende imponer sus propios dogmas a través de la legislación civil y de lo "políticamente correcto."

OCTAVA: La Facultad de Teología buscará ser integralmente católica, esto es, fiel en su manera propia de alimentarse del conjunto de la Escritura, el conjunto de la Tradición y el conjunto del Magisterio.

El contexto de empobrecimiento e injusticia no puede entonces excluirse de nuestra reflexión teológica, aunque está claro a la vez que nuestro servicio no es directamente reemplazar a los líderes políticos y/o comunitarios que tienen el derecho y el deber de dar forma a la vida social en nuestro país, así como en otros lugares. Ser teólogo no es ser todo y el saber (parcial, además) que nos ofrece la teología no nos capacita para asumir responsablemente la carga de delinear los rasgos precisos de la convivencia humana o de la legislación civil.

No hay en esto fórmulas ya hechas: el pensamiento no puede sustraerse de considerar lo concreto pero también entiende que no se puede sacrificar indefinidamente lo importante en aras de lo urgente. Según eso, es injusto calificar con términos como "no-comprometido," o sus equivalentes, a todos los teólogos que no estén escribiendo y hablando todo el rato de los problemas *inmediatos*, como pueden ser la violencia, el narcotráfico o la corrupción.

La renovación de la sociedad, especialmente cuando se mira desde la óptica del Reino de Dios, no es cosa de producir impacto mediático aunque tampoco puede excluirse del uso racional de los *mass media*. Análogamente, la transformación de la ciudad o el cambio en los acuerdos de comercio, por citar sólo dos ejemplos más, no son asunto de dar unas conferencias aunque tampoco tendrían que estar excluidas de la reflexión pública seria basada en la Palabra de Dios.

NOVENA: En la relación con la sociedad civil y sus problemas propios requerimos de una visión amplia, profunda, valiente, curada hasta donde es posible de ingenuidades políticas y de paternalismos contraproducentes. No podemos considerarnos los redentores pero tampoco refugiarnos en temas abstrusos y ajenos tan sólo porque son seguros en su misma inocuidad.

Y por último, todo este ideario encuentra o habrá de encontrar un primer lugar de realización en un contexto que es al que sirve y del que se sirve: es su lugar propio, la Universidad. Ello solo es ya un reto inmenso, así como una magnífica oportunidad.

En términos muy concretos, eso quiere decir ante todo, que se requiere una opción por los bienes intangibles que trae una Facultad de Teología, por encima de los bienes, también necesarios, de los ingresos económicos. La teología dará pérdidas pecuniarias durante el largo periodo de su gestación inicial y probablemente aun después. Esas pérdidas se pueden disminuir pero es evidente que hay que contar con ellas y tenerlas sobre la mesa, entre otras cosas para que, al ser reveladas, no se conviertan en un óbice que frene el proyecto.

Entre varias estrategias para disminuir pérdidas hay que pensar en la diversificación de programas, algo que va en continuidad con la segunda de las "líneas" aquí propuestas, allí donde hablamos del ciclo "seminarístico," por darle un nombre y el ciclo "de profundización." Es muy probable que haya que ir más allá y ofrecer programas de formación dirigidos a laicos, religiosas, formadores y formadoras, cursos de vacaciones, series de retiros...

Es decir, la Facultad no puede imaginarse sólo como un castillo de pensadores y eruditos sino más bien como un centro vital en el que la fe reflexionada entra en diálogo con la vida y la ilumina desde su propia perspectiva. No un centro "pastoral," en el sentido pobre del término, pero sí un centro inserto claramente en una tradición de evangelización y misión, que fue lo primero que ofreció nuestra Orden a esta América.

Desde otro ángulo, la Facultad entra a ser parte del conjunto de la vida de la Universidad, en este caso, la Universidad Santo Tomás, que posee su propio proyecto educativo institucional, sus propias políticas de desarrollo y que está sometida a las exigencias propias de su presencia en una sociedad concreta, la colombiana.

La Facultad de Teología no será una extensión ni un reemplazo de la capellanía de la Universidad. La Universidad tampoco será la "parroquia" de los frailes que trabajen en la Facultad. Y sin embargo, es claro que la convivencia con profesores y estudiantes es ella misma una oportunidad preciosa de diálogo y es un mirador privilegiado de muchas realidades sociales que confluyen, como por su propio peso, hacia la Universidad. Sería inadmisibles aislarse de todo ello como lo sería también pretender que la Facultad escapara al régimen común o los planes generales de la misma Universidad.

Todo esto sugiere unas relaciones de generosidad, madurez y búsqueda del bien común que sólo se darán desde una especie de nuevo punto de partida de nuestra vocación en Colombia. Una responsabilidad casi máxima corresponde al Prior Provincial, en cuanto primero entre los hermanos de la Provincia y en cuanto presidente del Consejo de Fundadores de la Universidad. Pero no se puede dejar solo al Provincial. La actitud favorable de todos, particularmente de los frailes que colaboran en los Consejos de la USTA indudablemente podrá facilitar mucho las cosas.

DÉCIMA: La Facultad de Teología se inscribe plenamente en el conjunto de la vida académica de la Universidad Santo Tomás, de quien recibe su marco de funcionamiento y a quien ofrece la riqueza de su cosmovisión. El proceso de inserción en la USTA requerirá de paciencia, generosidad y búsqueda del bien común de parte de todos.

+

Dublín, 14 de Septiembre de 2004,
Fiesta de la Santa Cruz, en Irlanda